

## NOTAS

## SOBRE ALGUNAS PALABRAS DE LA LISTA ANTECEDENTE

(1) En el libro del *Codo* de Teberga hay una nota antigua en que á su iglesia se llama *Ecclesia Tibiricensis*.

(2) Bentleyo, interpretando á Horacio en aquellos versos con que acaba la Oda 12 (lib. III),

. . . . . *et celer arto latitantem*  
Fruciceto, *excipere aprum,*

corrige la antigua lección, y entiende el *artum frucicetum* por lo que se diría en Castilla *matorral* y en Asturias *artos*.

(3) La esquirpia se forma de varas delgadas, que en latín se llaman *stirpes* ó arbolitos tiernos, y aun creo que haya en Castilla la palabra *chirpia* con la misma significación. Puede también venir de *stirpes*.

(4) Los *povines* son los maderos que sobresalen en el plano del pertegal del carro, y sobre los cuales se apoya y descansa la carga (como sobre almohadas), y esto descubre claramente la analogía con su raíz.

(5) Alguna vez creí que esta palabra venía del francés *cremailiers*; pero pues esta indica proceder de raíz latina (en la media edad *cremallaria* ó *cremalaris*), creo que tenemos igual derecho á este origen.

(6) He hallado esta palabra en el latín de la media edad, y en no sé cuál de las leyes septentrionales, y es probable que existiese en el antiguo latín.

(7) Puede venir de *Amurca* con la L tomada del artículo; mas como las palabras *llames* y *llamazar* tengan igual significación, la raíz es dudosa. Con todo, el origen para mí no lo es, pues he visto en el *Ethimologicon* de Vossio otra raíz latina, que conviene á todas, y de que ahora no me acuerdo.

(8) En la media edad, de *vannum* se formó *vannaria*, como se ve en Du-Cange. Yo creo que se formaría también el verbo *vannare*, y no dudo que en Asturias se dijo antes *vannería* y *vannerare*, y después *peñera* y *peñerar*.

(9) Ya observó Sarmiento que la s de las palabras castellanas *sombra* y *sombbrero* indicaba que su raíz no era la sola palabra latina *umbra*, sino que venían de *solis-umbra*. Nuestro dialecto demuestra aquella juiciosa conjetura.

(10) Esta palabra pertenece al estilo forense. En nuestras escrituras de ventas de tierras, las palabras *brabo* y *dondo* quieren decir tierra ó terreno *inculto* y *cultivado*, ó por lo menos ya roto y descuajado.

(11) Esforiase. En el latín *foria*, *orium* significa el excremento suelto y casi líquido de las vacas. De ahí sin duda las palabras *forion* y *esforiase*, que indican el que tiene el vientre muy suelto y la acción correspondiente. No cabe pues duda en el origen.

Pero ¿no podremos inferir de aquí que en la lengua viva de los romanos, por lo menos después de Augusto, existió el verbo *exforiari*, y lo mismo de las palabras *pesullarias* y *pesullare*, *sectoria*, *strictoria*, *claviculus* en la significación que conservamos en sus derivados? Si fuese así, he aquí confirmada la opinión de Sarmiento, de que por las lenguas hijas se podrían restaurar las riquezas que perdió la lengua madre.



## CARTAS AL TENIENTE DE NAVÍO D. JOSÉ VARGAS PONCE

## CARTA PRIMERA

*en que le propone el plan que debía seguir en una disertación que iba á escribir contra las fiestas de toros*

*Gijón, 12 de junio de 1792.*—Mi querido Vargas: Dos cartas de usted me han sorprendido acabando de llegar á mi casa, una de vuelta de León, por donde anduve todo el mes de junio, y otra de Oviedo, donde pasé lo que va del presente. Llegué ayer de esta última expedición, y ya estoy liando el petate para partir mañana á Pravia con nuestro Comendador y su costilla. Apenas hay tiempo para poner dos renglones, ¿y quiere usted materia para una disertación? La censura de las fiestas de toros pide mucha meditación y tiempo; porque si bien la causa es ventajosa, los argumentos con que puede y debe sostenerse son muchos y muy variados, y serán tanto más concluyentes, cuanto más de propósito, más clara y ordenadamente se expusieren. Diré sin embargo lo que me ocurre en el instante, porque no tengo tiempo ni cabeza para más, bien seguro de que cualquiera cosa que diga recibirá mucho valor de la fogosa y elocuente pluma de usted.

Tengo por inútil gastar mucho tiempo en la parte historial de esta diversión, la cual traté yo muy á la ligera en mi Informe sobre espectáculos, sin embargo de que hablaba con nuestra Academia de la Historia. Allí hay algo acerca del origen de esta, que pudiera muy bien derivarse de los romanos, pues conocieron unos juegos con el nombre de *Taurilia*. Pero ¿quién ha de averiguar en qué se parecían ó desemejaban de los nuestros?

Ni yo sé quien haya tratado de propósito de unos ni otros. Acuérdomme de haber leído en Sevilla un folleto de Moratín el padre, impreso en esta corte hacia el año de 70 poco más ó menos, en que trataba de nuestras corridas de toros; pero no ha dejado en mi memoria rastro alguno de noticia ó especie recomendable para el caso. Búsquele usted, no obstante, porque defendiendo, como recuerdo, la causa contraria, podrá ser útil tener á la vista sus argumentos.

Nuestra causa puede vencer sólo con destruir las preocupaciones en que se apoya la contraria; pero por si usted no hubiere de escribir respondiendo, diré cuál me parece el mejor plan que puede seguir en su escrito.

No habiendo de combatir usted esta diversión como teólogo, sino como filósofo, juzgo que debe examinar solamente sus relaciones políticas, morales y económicas, á saber: primero, si es ó no diversión nacional, y si siéndolo, es de alguna gloria ó utilidad á la nación; segundo, si tiene ó no influencia en el genio ó en lo que se llama carácter de los españoles; tercero, si produce alguna ventaja ó desventaja á la agricultura ó industria nacional. Propuesto este plan, es fácil establecer el orden analítico en el examen de las cuestiones subalternas, y dar á los varios argumentos de nuestra causa la claridad y fuerza convenientes.

1.º Esta diversión no se puede llamar nacional, puesto que la disfruta solamente una pequeñísima parte de la nación. Si no se habla de capeos, novilladas, herraderos, enmaromados, etc., que en rigor no pertenecen á la cuestión, quedará reducida esta manía á una pequeñísima y casi imperceptible parte de nuestro pueblo. El reino de Galicia, el de León y las dos Asturias, que componen una buena quinta parte de nuestra población, desconocen enteramente las corridas de toros. En otras muchas provincias han sido siempre raras, y tenidas

solamente en ocasiones extraordinarias y largos períodos. Aun en Andalucía, si se exceptúa Cádiz, son pocas las ciudades que las han disfrutado una, dos y á lo más cuatro veces al año, y en estas el pueblo de la capital y el de su comarca, quedando la mayor porción de pueblo de las provincias sin gozarla ni conocerla. ¿Podrá, pues, llamarse diversión nacional la que sólo disfrutan con frecuencia Cádiz y Madrid?

Pero séalo enhorabuena: ¿cuál es la gloria que nos resulta de ella? Esto de gloria es una cosa de opinión, y de opinión agena. No consistirá por lo mismo en lo que nosotros creemos, sino en lo que creen los demás. ¿Cuál es, pues, la opinión de Europa en este punto? Con razón ó sin ella, ¿no nos llama bárbaros porque conservamos y sostenemos las fiestas de toros?

Ni esta gloria, cuando lo fuese, sería de la nación, porque no consistiría en que hubiese en ella hombres y mujeres que asistiesen con serenidad al circo, sino en que hubiese hombres capaces de lidiar con una fiera y de vencerla. Pero, ni cien hombres arrojados pueden probar que una nación es valiente, ni este arrojo, si merece tal nombre aquella disposición del ánimo que los distingue, puede llamarse valor. El hábito de ciertas acciones, al mismo tiempo que las hace fáciles, disminuye la idea de su riesgo, y desde entonces su ejecución merece más el nombre de destreza que el de valor. El africano que persigue los leones, el indio los tigres, el asturiano los osos, esperándolos y vencéndolos cuerpo á cuerpo en campo raso y sin auxilio, merecen más justamente el nombre de valientes. Compárese con este el triunfo de un hombre, que criado en el circo, después de muchos años de aprendizaje y de otros tantos de ensayo, en que, si no perece, apenas con trémula mano puede acabar un toro de diez ó doce golpes, se erige en maestro de esta profesión y sale á ejercitarla rodeado de veinte defensores, y en un circo lleno de auxilios, salidas y recursos contra el riesgo: ¿por quién decidirá usted la palma? Aun así, es muy raro que uno de los héroes de este arte se presente con frescura á la frente del toro; y si tal vez nos ofrecen rasgos de temeridad, que suelen proceder del miedo ó del despecho, jamás se ve alguno que pruebe verdadero valor. ¿Sabe usted de uno solo que haya pasado por hombre de espíritu fuera de la arena? ¿Conoce

usted uno que no tiemble al ruido de un mosquete? Los tenemos por valientes, es verdad, y aun su valor nos parece maravilloso; pero otro tanto juzgamos de los bailarines de cuerda y de los saltadores valencianos; otro tanto de las acciones extraordinarias que hieren nuestro espíritu, y que le admiran, no tanto por el valor que existe en sus actores, sino por el que falta en nosotros respecto de las mismas. ¿Con que sorpresa no habrá usted visto en su primera navegación al grumete subido en los altos topes, desafiando el ímpetu de los vientos en medio de la oscuridad de la noche y del rumor de la tormenta?

2.º Pero se dirá que la frecuente vista de este espectáculo puede criar valientes: en este punto es harto más fácil el ataque. Concedamos que ésta diversión endurece los ánimos, y renunciemos esta ventaja á quien la quiera. Desde que no todos los hombres son soldados; desde que la industria y el comercio han separado la profesión militar de las demás, ya la ferocidad no es un mérito en el hombre civil. ¿Y lo es acaso en el soldado? Tampoco. La pólvora, la táctica y la filosofía han disipado este funesto error, y han reconciliado la humanidad con el verdadero valor. Ya no se pide al soldado más que agilidad y obediencia, y estas dos cualidades no se aprenden en las plazas de toros. Si necesita perder el miedo al fuego, esto lo hará el hábito de la guerra; lo harán otros espectáculos harto más fieros. Es un error creer lo que se ha creído de nuestras fiestas. ¿Por ventura el pueblo de Madrid y el de Cádiz es más valiente que el de Ávila ó Zaragoza? ¿Acaso las mujeres de los primeros (sabe usted que componen el mayor número de los espectadores) son más fieras que las de Garnica y Covadonga? ¿Sabe usted que hay alguna de las primeras que después de haber pasado la tarde en la grada cubierta, se desmaya en su casa á la vista de un ratón?

3.º Querrán los defensores de los toros sostener este espectáculo como una diversión popular; y si es así, querrán generalizarle para consuelo de nuestra gente. Dirán que el pueblo que no descansa no trabaja, y yo les paso esta paradoja. Pero usted sabe mi modo de pensar en la materia. El pueblo no há menester espectáculos; basta se le deje divertirse. Él es el que, según su situación, su índole, sus facultades, debe buscar sus entretenimientos. Las diversiones popu-

lares deben ser fáciles, prontas, gratuitas, sencillas, inocentes, sin más aparato que el de la naturaleza en que deben tener su origen y de que no deben apartarse. ¿Halla usted acaso estos caracteres en el espectáculo de que tratamos? ¿Halla usted uno solo de ellos?

Por otra parte, es indudable que nuestra agricultura sufre mucho por la manía de las fiestas de toros. Cuesta más criar uno bueno para la plaza, que cincuenta reses útiles para el arado. El número de éstas mengua y se encarece cuanto se multiplica el de aquellas, y esta carestía pudiera ser funestísima, si prevaleciendo la opinión contraria, las corridas de toros se convirtiesen en una diversión general y frecuente. No es tan pequeño como parece el número de reses que malogra este espectáculo. En él no deben entrar sólo las muertas, sino también las estropeadas en capeos, novilladas, embolados, toros de cuerda, etc.; y si se abriese la mano á esta diversión por todos los pueblos, sin contar más que un toro por cada villa ó ciudad, resultaría una suma demasiado considerable.

Ni se diga lo que de las terneras, que cuantas más se consumen más se crían; porque el aumento de éstas supondrá siempre el crecimiento general, y el de los toros la general disminución de la especie útil; pues requiriendo pastos, vaqueros, diligencia y capital separados, es claro que en razón de su aumento menguarán el capital, la industria y el tiempo destinados á la producción de animales del trabajo.

También pierde la industria: los pueblos que ven toros, no son ciertamente los más laboriosos. Un día de toros en una capital desperdicia todos los jornales de su pueblo y el de su comarca. Aun en éste desperdicia los de la ida y vuelta, y lo mismo puede decirse del de la capital, puesto que las visitas al campo, las veladas y encierros apartan á los jóvenes del taller desde la víspera, y no los vuelven á él tan prontamente; y si además se cuenta lo disipado en trajes, bebidas y francachelas, á que es más expuesta esta diversión que otra ninguna, ¿cuánto no subirá el cálculo? Aplíquese usted á formarle, aunque sea sólo por aproximación, y el resultado será escandaloso.

¿Y las costumbres? ¿Qué no pudiera decirse en esta parte, si considerando filosóficamente el espectáculo, se tratase de

averiguar su influencia en los ánimos? Basta considerar la disposición con que se va y se viene de él. ¿Qué impresión podrá causar aquel hervoroso tumulto, que la estación, la hora, el lugar, el objeto, la confusión, la frenética gritería y las torpes combinaciones excitan en los ánimos, en el del joven inocente, la incauta doncella.... basta, yo no me propongo dar á usted la materia de su disertación, sino el plan de ella. Conozco á usted bastante para saber lo que pueden germinar en su ánimo estas pocas semillas. Disimule usted la priesa y mande á su afectísimo amigo.—*J. L.*

*De su letra.*—Carísimo mío: Si esta carta que he podido dictar con la cabeza como una calabaza, porque el correo y las disposiciones del viaje me han dado una cruel tarea, no prueba mi confianza en usted y mi deseo de complacerle, yo no sé á qué recurriremos. Cuidado que se quede entre los dos, y que nadie éntre en nuestra poridad. Con espacio se puede hacer una cosa buena, y pues está usted ceñido para esta empresa, acométala con denuedo y esté seguro del triunfo. Lo que le pido es que no me ande buscando ni leyendo libracos: póngase á pensar, y adelantará más en un cuarto de hora que en muchos días de estudio. Adiós: voy á reconocer tres archivos, por haber pospuesto este viaje al de León, desde donde hice una expedición por el Vierzo, que me instruyó y divirtió mucho. Si lo que hago ahora lo hubiese hecho en otra edad, pudiera aspirar á ser un buen académico. Pero es tarde, y sólo trataré de no ser del todo inútil. Adiós otra vez.

No hablemos de dirección de estudios, pues cuando la deseare, que en las circunstancias del día no, jamás este deseo alteraría mi propósito de no pretender.

## CARTA SEGUNDA

*Al mismo Vargas Ponce, hallándose en Tarragona por comandante del apostadero en 1799*

Mi amado Pepe: Abro un legajo que tiene por título: *Para responder*; releo la carta de usted, que descansó en él algu-

nos días, y aunque tal vez convendría suspender su respuesta hasta entrado el mes próximo, como los términos de la esperanza son hoy más inciertos que los del temor, y el diablo que no duerme, halla cómo prolongar los primeros, al paso que abrevia los últimos, vamos, digo, á llenar los deberes de la amistad, que sobre esto á lo menos no deben tener imperio los malos hados ni los peores hombres.

La historia de usted es graciosa, pero no rara. ¿Diré lo que siento? La cosa se ha perdido por falta de paciencia. La restitución de la mano conocida debía esperarse. Confiar en otra.... Bastante dijera la experiencia. Usted echa la culpa á uno: yo sé que anduvieron en el ajo dos, y á vista del nombrado, apuesto, y juraría á que fueron tres. No, no es aquel lugar para hombres llanos y buenos; ni esas empresas para tratadas de buena fe. Usted y yo, y el otro y otros, y todos los tales nos hemos engañado en eso y otras muchas cosas, y nos estaríamos engañando hasta que viniesen los nazarenos, si una blanca suerte no nos hubiese puesto fuera del tiro de los engaños y de las trampas.

¿Con que está usted amalgamado con mi canónigo tarracónense? ¡Cuánto lo celebro! Tendrá usted un buen lazarillo para pasear ese país, fecundo de antiguallas. Es un hurón, que no ha dejado de cazarlas desde que llegó. Así me dicen, porque él escribe muy poco desde que fui á ministro, como el otro á casar con la hija del Rey. Y á fe que hace muy bien; yo valía mucho más antes de caer en esta negra fortuna, y si algo valgo ahora, es porque recobré la perdida. Cacen ustedes enhorabuena, y siga usted con su caza á Barcelona, seguro de que aquel prelado ama y aprecia á los literatos, y no puede dejar de estimar á usted. Yo se lo pediré amén de eso.

Empero digo y repito que para la historia de la marina no cuente usted con mis apuntamientos: tengo muchos, pero no sé cuáles ni dónde: son un caos, donde nada se hallará sin entrar por él con un farol de retreta por delante, y un buen cuchillo de monte para desembrozarse el camino. Á más que no hago memoria que contengan cosa relativa á marina, si ya no es los fueros de Avilés, Luarca (ó concejo de Valdés), Villaviciosa y Llanes, cuyo silencio sobre navegación y comercio presta un argumento negativo, que algo vale cuando no hay hechos que le destruyan. Á bien que usted está en la

fuelle, y mi canónigo y su patrón de usted sabe lo que yo tengo, y él tiene mucho y podrá dar á usted luces. De la costa cantábrica no hablemos: sé que hay un precioso y muy antiguo archivo en Santillana, no bien explorado; algo en Santander, cuyo fuero tengo, y nada más. Con que pensar en este viaje, ó renunciar á esta costa.

A buena parte se viene usted por bustos. No, mi amigo; no son necesarios para conservar un nombre. Si el Instituto llegare á ser lo que yo pienso, él será el mejor conservador de mi memoria, que nunca dirá al público sino mis buenos deseos de su bien. Conservándose sólo lo hecho ya en él, será un semillero de jóvenes bien educados, cual hasta ahora no podrá presentar ningún otro establecimiento, incluso el seminario de Nobles de la época inquisitorial. Diga usted al canónigo que pida á Dios que yo organice mis cátedras de humanidades castellanas, lógica y ética, y economía y comercio, que con las de matemática, náutica, física, lenguas, dibujo y geografía histórica, que están ya bien establecidas, completarán la más granada educación que pueda prometer España. ¡Ah! ¡quiera su triste hado preservar en este oscuro rincón el único recurso que queda á la esperanza de las generaciones por venir!

Para copiar una inscripción..... *Recipe* un pedazo de papel de su tamaño, el más blanco y estoposo que hallares; y *item* una tableta formada de buen lápiz: tiende el papel, bien, bien estirado por todas partes sobre la piedra; corre rápida y denodadamente el lápiz sobre sus renglones, que supongo grabados en fondo. Teñirse verás con el lápiz toda la superficie no escrita, y quedar en blanco las letras, que después por estar raído se pueden dibujar y pasar á otro papel, perfeccionando por el original las partes menores no bien señaladas. Dije; y basta para mi mala mano. Salud y sosiego y contentamiento, que puedo ofrecer á usted á embuezadas, y también á mi querido canónigo con besos y abrazos.

## CARTA TERCERA

*Al mismo*

*Gijón, febrero 17 de 99.*—Mi querido Vargas: La de usted, con los graciosos diálogos, me halló en la faena de nuestro segundo certamen, que es decir en la más importante y agradable de mis ocupaciones. Duró siete días, consagrado el primero á la memoria del buen Paula, nuestro primer director, cuyo elogio fúnebre leyó el bibliotecario Lespada. Siguiéron los ejercicios hasta el 6 por la mañana en matemática; esto es, en los elementos de toda la matemática pura, desde los principios de álgebra hasta la aplicación de los cálculos inclusive, con diez alumnos, los ocho muy sobresalientes; y por la tarde en náutica, con tres, por haberse embarcado otros cuatro, hecho su examen. En este día se adjudicaron los premios. El siguiente 7 se destinó á la apertura del primer curso de ciencias naturales. Le inauguré con una oración sobre la importancia de este estudio, y desde entonces siguen sus lecciones con un profesor de gran celo, aplicación y doctrina, y veinte oyentes, los quince de los cuales son jóvenes de sólida instrucción en matemática, de gran despejo, y no menor deseo de adelantar. Vacilamos en la elección del libro elemental, y resolvimos dictar las lecciones, sirviendo de guía principal el *Brissot*; pero aprovechando lo mejor de *Sigaud*, *Chavaneau*, *Musschenbroek*, etc. Hasta aquí para usted y el patrón canónigo, á quien dirá que en esta ocasión han triunfado también los *Candasines*, pues el primer premio de náutica se adjudicó á don Teodoro de Condres, hermano del premiado en 97.

Lo que siento de los diálogos, sólo lo sabrá él, y si él quiere lo sabrá usted. Lo que usted siente de él, me llena de contento. Alguna vez sintió usted de otro modo, y tengo el mayor gusto en que conozca que no he puesto mi estimación en hombre indigno de ella. Acaso él habrá tenido que hacerme por respeto á usted igual justicia: cosa en verdad muy dulce

para mí, haber sido vínculo de unión entre dos personas estimables.

Y ¿qué cuidado le da á usted que el marzo no haya tenido sino carámbanos y ruinas? ¿Está el suelo para dar el menor paso hacia el buen término? Y ¿no es mejor esconderse que abrir el pecho á los tiros de la persecución? Dichosos si en tal situación debemos el sosiego al olvido y la oscuridad. Cuide usted su pecho; trabaje con moderación; ejercitese, diviértase, y quiera mucho á su afectísimo.—*Jovellanos*.

#### CARTA CUARTA

*Al mismo*

Voy por fin, Pepe mío, á cumplir lo que tengo ofrecido; pero lo cumpliré sólo porque usted lo quiere y aun lo exige; que sino, á fe de colegial, que buscara, y no me faltaría, alguna escapatoria para salir de apuro. Sí, señor, hice mis viajes, redondeé mis quehaceres, repasé el discurso de usted, y agobiado con el peso de su ruego y mi palabra, voy á juzgarle.

Y bien digo agobiado; porque ¿á quién no abrumará la necesidad de empezar riñendo seriamente y aun increpando á usted por haberse metido de nuevo en las garras de la Academia? Pues qué! Tan recientemente ofendido y maltratado por ella, y forzado á dar la cara y salir á la plaza, apelando á la opinión pública de su injusta sentencia, ¿no debió contentarse con haber sido bien premiado una vez, y bien desagraviado otra, para no exponerse á tragar otro desaire, ó reñir otra pendencia? ¿Es por ventura la Academia de ogaño otra que la de antaño? Es en tiempo de los Guevaras otra que en el de los Escuarzafigos? ¿Llenádose há desde entonces de mejores críticos y filósofos, ó imbuídose de más penetración y justicia?

¡Y en qué asunto, Dios mío, ha querido usted tentar su ilustración ó su imparcialidad! Compuesta que fuera de ángeles, ¿hubiérase atrevido á premiar un discurso en materia tal,

aunque escrito por algún serafín? ¿Qué apostamos á que para usted mismo vale más lo que calló que lo que dijo en su discurso? Y bien: ¿cómo no previó que á ser lo que ser debía, no podría tocar ni con cien picas al premio ni la luz? ¿Y que sus verdades, buenas para leídas y rumiadas, no serían, mal pecado, para premiadas y publicadas? Que también esta fruta para madurar quiere tiempo y sazón como los membrillos.

Pues, voto á tal, dirá usted, ¿para qué propuso la Academia tal programa? *Quién lo vió presente estaba*, dice un diche. ¿Para qué? Para que las tales verdades se escribiesen por una docena de hombres de pro, se leyesen por una docena de académicos buenos ó entreverados, se hablase de ellas al oído, se rumiasen y acaso se copiasen, y anduviesen de tapadillo de mano en mano preparando la opinión pública; mas no, mía fe, para que se premiasen ó publicasen, ni saliesen á alborotar el cotarro haciendo más daño que provecho. Yo no sé si tal fué el pensar de la Academia, ni si todos sus miembros calaron lo que la cosa podía ser. Sé, sí, que así pensaron algunos, y debieron pensar todos.

Por lo demás, y en cuanto á las tragedias, opino con usted que el premio nunca debe negarse á lo mejorcito que se presente en verso ó prosa. Para tener lo bueno, no hay otro camino que animar lo mediano; porque creer que de un brinquito nos hemos de poner en la cumbre, ó que los Tulios y los Eurípides nos han de nacer de repente como los hongos, es ignorar que el espíritu humano es progresivo, ó creer que en vez de anillos para arrastrarse como al insecto, le dió natura alas para remontarse como al águila.

Pero ni esto ni la suspensión del premio es del día, porque con él ó sin él, el discurso de usted no valdrá un ardite más ni menos de lo que vale; como el Cid de Corneille no valió más ni menos por la injusta censura de otra más célebre y menos imparcial Academia.

Vamos, pues, al juicio del discurso, que será severo, severísimo, porque será de amigo, y porque llamándome usted su maestro, y llamándose hijo, tan decidido debo estar á descubrirle sus defectos, como á perdonárselos. No fuera yo tan franco con otro, por vida mía, ni lo fuera con usted, si no conociese que pudiendo serle mis consejos de algún provecho,